

de los librepensadores, ha oído citar estas palabras y considerar este pasaje como una maravilla literaria. Yo mismo declaro que Daniel, plantándose ante Baltasar, para anunciarle su ruina merecida, me parece grande. Pero, aparte frasecillas convencionales, seguiré copiando:

»Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y le rodearon al cuello un collar de oro: y se hizo publicar, que él tendría »poder el tercero en su reino.»

No te entusiasmes, lector, con la fortuna del profeta. Sigue leyendo:

«Aquella misma noche mataron á Baltasar, »rey Caldeo.—Y Dario, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos »años.»

«¡Pronto se le agrió el vino al profeta y se le »convirtió el collar en argolla!»

Algunos católicos, después de leer estas sandeces de sueños y revelaciones, de festines y crámulas, ya se creen que se saben de memoria la toma de Babilonia, no por Dario, como dice la *Biblia*, sino por Ciro el Grande. El nombre de Dios y la palabra profecías les parecen que resumen todo conocimiento, y que no hay más que saber sino lo de la mano que escribía el *Mane, Thecel, Phares*.

A mis correigionarios les aconsejo que se rían, como siempre, de todo lo sobrenatural, y que no hagan maldito el caso de estos libros de caballerías si quieren saber cómo las cosas pasaron, que fué como pasan siempre, de una manera natural y lógica. El imperio caldeo estaba corrompido por el despotismo de una dinastía de locos y mentecatos, como Nabucodonosor y Baltasar. Los persas, pueblo nuevo y viril, guiados por un genio, Ciro el Grande, después de otras conquistas emprendieron la de Babilonia y la realizaron. ¿Queréis saber cómo? Pues, quemad la «Profecía de Daniel», ó mejor, echadla á un

rincón donde den cuenta de ella los ratones, y tomad la «Cyropedia» del griego Jenofronte, abridla por su libro séptimo, y en el capítulo V de ese libro hallaréis, explicada con grande elocuencia, la traza habilísima de que Ciro se sirvió para rendir la gran ciudad de Asiria. Y si Jenofonte no os agrada, tomad á Heródoto, al admirable Heródoto, abrid el primero de sus *Nueve Libros*, y desde el párrafo 189 en adelante encontraréis, no sólo explicado cómo Babilonia fué por Ciro tomada, de acuerdo con lo que dice Jenofonte, sino que aprenderéis en diez minutos de lectura acerca de los asirios, de sus usos y costumbres, de su religión y sus leyes, de sus artes y ciencias, más que en diez años de lectura de la *Santa Biblia*, que, como todas las santidades literarias, es fofa, vana, tonta y oliente á pábilo de lámpara sepulcral.

CLXXIV

Quedamos en que Ciro—á quien la *Biblia* llama Dario—tomó á Babilonia. Pues bien, como si tan grande y glorioso conquistador no tuviera cosa mejor que hacer, comienza á tirarle al Diablo del rabo, sirviendo de tramoyista en la más estupenda aventura habida en el mundo, hasta que á Don Quijote le ocurrió hacer su tercera y última salida á título de glorioso restaurador de la caballería andantesca.

La historia enseña que Ciro, tan pronto como rindió á Babilonia, volvióse para su tierra, donde murió en breve. Pero la *Biblia*, que así hace caso de la Historia como de la Astronomía, nos le presenta en un lugar fantástico, que no sabemos si es Caldea ó Persia, protegiendo á Daniel y queriéndole convertir en una especie de rey suplente, porque en él era más abundante el espíritu de Dios que en los otros adivinos, palabras que dejan presumir crecía en él la gracia divina, como crece la yerba en los prados, ayudada por

aquel famoso viento Sudeste de la sabida redondilla.

Pero á Daniel no le pasaba lo que á Manolo Becerra, á quien todos hacen el mismo caso cuando es ministro que cuando deja de serlo, sino que tenía muchos envidiosos, sin duda porque tendría mejor garbo y otra cara más pasable que la del finchado gallego, eterna y discretamente enguantado, quizá por sustraer á las miradas del curioso la enormidad de sus manos. Y, los envidiosos, tratando á Ciro, digo á Darío, que dice la *Biblia*, como si fuera un monigote, le fuerzan á dar un decreto, prohibiendo á todo bicho rezante que nadie pidiera ni orase á Dios ú hombre en treinta días, sino sólo al rey Darío.

Publicase la estrafalaria real orden, pero Daniel, haciendo de ella el mismo caso que yo de las crisis sagastinas, que vienen á ser un camelo al público, abriendo las ventanas de su casa, que daban á Jerusalem (ó á donde diesen, que quizá dieran á un estercolero) se arrodillaba en ellas como de costumbre, largándole á Jehová cada letanía, que partía de dolor el corazón de las estrellas. Viéronle hacer los místicos jeribeques á aquellos envidiosos que sugirieron á Darío el decreto y acechaban al profeta, y saliendo escapados, llegaron jadeantes al rey y le dijeron:

—¿Sabes lo que pasa?

—¿Qué?

—Que Daniel, el pícaro israelita, hace tanto caso de tu decreto como de las coplas de Calatinos, pasándose horas enteras reza que te reza á su Dios. Cumple, pues, con tu ley, y échale al lago de los leones. (Ya parecieron las fieras).

Darío (¡oh poder del cuento á lo que obligas!) con la noticia *quedó muy contristado, y resolvió en su corazón el salvar á Daniel, y hasta que se puso el sol trabajó por librarle.*

Un rey de Persia, puesto en estos apuros para realizar su soberana voluntad, es una de las

más chuscas escenas que el demonio de la mentira, ha podido inspirar á un forjador de parañas.

Pero continuemos.

Aunque con mucho dolor de las entretelas de su corazón, Darío manda que echen á Daniel á los leones; pero le dice por lo bajo al profeta, en son de consuelo:

—Anda y no te acongojes: *Tu Dios, á quien tú siempre adoras, él te librá.*

Un paganano como el rey persa, dándole esta bromita mosaica al profeta Daniel, es otra cosa muy chusca; pero todavía la excede la siguiente:

«Y trajeron una piedra, y la pusieron sobre la boca del lago; y la selló el rey con su anillo, y con el anillo de sus magnates, para que nada se hiciese á Daniel.»

Versículo que necesitaría más comentarios que Las Siete Partidas, si quedase en el mundo todavía quien tomase en serio estas sandeces, que continúan mostrándonos á Darío yéndose á su casa mustio y cariacontecido y acostándose sin cenar, y pasando una noche de perros pensando en el pobrecito Daniel y en lo que sería de sus huesos.

Pero «al otro día, levatándose el rey muy de mañana, fué apresurado al lago de los leones; y llegándose al lago, llamó á Daniel con voz lamentable» (con la propia que decía D. Quijote molido de palos: ¿duermes, Sancho amigo? amigo Sancho ¿duermes?) «y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, tu Dios, á quien tu sirves siempre, ¿ha podido acaso librarle de los leones?»

«Y respondió Daniel al rey, y dijo: O rey vive para siempre.» (Dios le oyó el advirvió siempre á Daniel, y mató á Darío al año siguiente) *ni Dios envió su ángel* (ya pareció el ángel) «y cerró las bocas de los leones, y no me hicieron daño: porque justicia fué hallada en

»mi delante de él y contra tí, ó rey, no he cometido ningún delito.»

Apunto estuvo Darío de pedir unas castañuelas y bailar un fandango, del gozo que le dió oír al profeta, á quien es de rigor pintarle sentado, con media docena de leones furiosos alrededor, que roen fémures y calaveras, vestido con una túnica, desnudo el pie, la cabellera larga y mirando á lo alto, de donde le cae un rayo de luz blanca como la de una lámpara de Edison.

La aventura concluye, como es de rigor, en un cuento tan mal trazado. Darío, que se lleva á casa de Daniel y le hace archipámpano, echa á sus acusadores, y á las mujeres de sus acusadores, y á los chiquillos de sus acusadores al lago, pozo, cisterna, ó lo que fuese, donde los leones estaban, los cuales se los comen á todos, como si fueran rosquillas de San Isidro.

La prueba concluyente de que esta *Profecía de Daniel* es una mamarrachada, es que, dando un salto atrás, vuelve al primer año del reinado de aquel Baltasar borrachón, que vió escribir á una mano en la pared la famosa monserga del *Mane, Thecel, Phares*, para contar un sueño, pero no sueño que interpretó, sino que tuvo él mismo y se interpretó á su gusto. y hasta le escribió.

Hele aquí:

Veía mi hombre *los cuatro vientos del cielo que se combatían en la mar grande*; pero ni esos vientos son aire, ni ese cielo tiene estrellas y nube, ni en esa mar, con ser la grande, se pescaría una sardina. Porque los señores intérpretes quieren que la *mar* sea el mundo; que los *vientos* sean las revoluciones, y el *cielo* signifique los puntos cardinales. Después de lo cual, sigue el soñador soñando que

«Cuatro grandes bestias subían de la mar, diversas entre sí.

La descripción de las bestias es de lo más dis-

paratado que cabeza humana ha discurrido.

La una era una leona, pero sin duda para abanicárselos zancajos en días de calor gastaba alas.

La otra era un oso que, por gala usaba tres hileras de dientes, para hacer sufrir menos á las avellanas cuando las cascaba.

La otra era un leopardo, pero el animal me gastaba cuatro cabezas justas y cabales, con el aditamento de cuatro alas, una para abanicarse cada cabeza.

La cuarta no tiene nombre; mas puesto que gasta cuernos, nada menos que diez cuernos, supongo que pertenecen á la ganadería del actual ministro de Fomento. No juraré, sin embargo, que fuese toro ó vaca, porque sus dientes eran de hierro, cosa que no estilan los cornúpetos.

Habría para reír un invierno entero interpretando las interpretaciones que de estos disparates han dado los maestros en sagrada teología.

La leona ha de ser forzosamente la monarquía caldea; Nabucodonosor hecho hembra.

El oso de las tres hileras de dientes representa á los persas, sin género alguno de duda.

El leopardo de las cuatro cabezas y de las cuatro alas no le marra un punto á Alejandro Magno, que todavía no habia nacido, ni por sueños, y puede, en consecuencia, ser representado de cualquier manera.

En lo que anda á testarazos y soplamocos es en determinar quién fuese el animal cornudo. Unos dicen que son los sirios, quién los egipcios, lo cual no se opone en modo alguno á que sean los romanos. Comprendo el lío; las astas á nadie le gusta que se las apliquen.

Este animal de cuernos era una maravilla de fealdad, y asustó de una manera tremenda á Daniel, que vió que entre los diez cuernos grandes nacía uno chiquitín; pero tan bien puesto, que derribó tres de los otros, dejando mocha en parte á la bestia.

A este cuerno chiquitín le salió en la punta una boca de hombre debajo de unos ojos humanos también. Los ojos estos tenían una mirada penetrante y sagaz; la boca hablaba cosas grandes: ambas sandeces no tienen nada de extraordinario, si se piensa que estos ojos y esta boca pertenecía al Antecristo, personaje que deberíamos condenar a azotes por sólo el capricho de exhibirse en la punta de un cuerno.

De pronto, sin saber si salen de alguno de los cuernos, ó de donde, aparecen unas silas, no sé si de anca ó de rejilla, y en ellas se sienta sin melindres un viejo, que es Dios nuestro Señor, rodeado de una caterva infinita de nadies, gentes sin nombre ni cédula de vecindad. El viejo riñe á voces con el Antecristo del cuerno chiquitín, y baja el hijo de Dios del cielo para recibir de su padre la monarquía universal, con muerte y arrastre del toro y descoyuntamiento de las otras bestias, menos bestias, sin embargo, que otras de figura humana que andan por esos mundos de Diss, dándose airs de sabios, á título de entendedores y sabedores de estas paparruchas.

CLXXV

Así como entre todas las mujeres, la más liosa, embrollona, cicatera y descreída es la beata, entre todos los profetas es Daniel el más (¿cómo lo diré, justos cielos, para no ofenderlet) vamos... el más gitano, en caso de que el gitano, como creo, sea el más zaragatero de los tratantes en bestias.

Porque, apenas acaba mi hombre de embrollarnos la zoología con una vaca imposible, y una leona alada, y un leopardo de cuatro cabezas, y un oso con tres hileras de dientes en las mandíbulas, se nos pone á dibujar un carnero y un macho cabrío todavía no clasificados en ningún museo de Historia natural.

Pero el que nosotros no conozcamos tales bi-

chos, no empee á que los soñara, en un sueño que dice tuvo en Susa, capital de los elamitas, ó séanse los persas, en el año tercero del rey Baltasar, que era un rey caldeo, que tenía al profeta empleado, y á quien sin duda envió á la capital de sus enemigos para que le remendase los calcetines á Ciro, que luego le dió catite á Baltasar; embrollo históricogeográfico que allá resuelva el infalible de Roma, que tiene obligación de darnos el catolicismo corriente y moliente, y no yo, que con apuntar gazapos bíblicos he llenado mis deberes dominicales.

El caso fué que Daniel vió *en visión* (¡valiente visión está ella!) estando en Susa, un carnero que, delante de una laguna, estratégico lugar que había elegido para campo de batalla, se entretenía en acornear al Norte, al Poniente y al Mediodía, dejando en paz y en gracia de Dios al Oriente, sin que se dé razón de este capricho del cornúpeto. Cornada va, cornada viene, ningún animal podía resistir al tal carnero, cuando de pronto entra en liza un descomunal macho cabrío, que tenía *una asta notable entre sus os*, con la cual emprende fiero combate contra el carnero, á quien, después de dejarle mocho, tumba en tierra. El cabrón vencedor comienza entonces á crecer en todas direcciones, hacia arriba, hacia abajo, por delante y por detrás, y con aquella asta única que tenía entre los ojos, que se le transforma en cuatro astas pequeñas, en una de las cuales le sale otra chiquitina de añadidura, la emprende á cornada limpia contra las mismísimas estrellas del cielo, que empiezan á bailar una danza macabra.

El tal cabrón era un cabrón de tan buena suerte, que los mismos santos, no se dice si del cielo ó de la tierra, dando diente con diente, hablan en voz baja, preguntándose si ha de durar siempre tal desaguisado. Uno de ellos, que no se nombra, dice: eso durará dos mil y trescientos días.

Yo no sé lo que diría el otro; pero si yo me hubiera hallado en su lugar, después de echar la cuenta de los días por años, y ver que hacen la friolera de seis años y medio, lo hubiera dejado filosóficamente correr, y contestado con aquella profunda palabra que oyó á Merlin D. Quijote en la Cueva de Montesinos:

—Paciencia y barajar.

Lo más chusco de este carnero y de este cabrón y de todo este laberinto, es que tienen una explicación auténtica, y, por consiguiente, canónica, en el sagrado texto.

«El carnero que vistes armado de astas, es el rey de los medas y de los persas. Y el macho de cabrío es el rey de los griegos.» Esto dice el consabido ángel, por orden del Hijo de Dios, al profeta Daniel; pero los intérpretes, como más puntualizadores, serían capaces de dar de sopapos al que contradijese que este rey de los griegos es el perínclito Alejandro Magno, que, aunque hizo muchas barrabasadas, no he leído aún que tuviera un cuerno entre los dos ojos y que hiciese bailar á las estrellas.

¡Con memadas como esta se va poco á poco alargando la *Biblia*, hasta hacerse un libro inacabable y también inaguantable, propio solamente para levantar dolor de cabeza á los pobrecitos seminaristas, que le toman en serio, ó han de fingir que le toman.

Lo cual no tiene nada de extraño, si se considera que el propio Daniel pagó el delito de escribir estas sandeces con muchos días de cama, punto acerca del cual anota con mucha discreción el padre Scio: «sin duda de resultados de la congoja y pena que le había causado lo que había visto en visión».

¡Pues qué? ¿Se pescan truchas á bragas, en jutas, ni se desbarra tan atrocemente sin su mija de calentura cerebral?

Daniel no soñaba solamente con animales de

cuernos, sino que, á las veces, le daba la vena modorresca por la aritmética, aplicada á las profecías, armando tales líos matemáticos, que ni el propio Newton los desenredara.

Atención.

En el primer año de Dario, el ángel Gabriel, el mismo que siglos adelante se las entendió con Mahoma para deslomar á los cristianos, se le colocó bonitamente á Daniel en su habitación para instruirle respecto á las gerigonzas de que había de nacer el cristianismo. Dejando á un lado la paja, recogeré aquí el grano de la confianza del ángel. Dice así:

«Sabe, pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe (nota bien, tú, lector discreto: dice Cristo príncipe, no Cristo carpintero), serán siete semanas, y setenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza: y los muros en tiempo de angustia.—Y después de setenta y dos semanas será muerto Cristo: y no será más suyo el pueblo, que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario: y su fin es trago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada.—Y afirmará su alianza con muchos en una semana: y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio: y será en el templo la abominación de la desolación: y durará la desolación hasta la consumación y el fin.»

Comentario único posible: aquellas palabras, que con tanta gracia decía el inolvidable Zama-cois, en un sainete célebre: *¿Quién me compra un lio?*, que se ha hecho el profeta Daniel con las matemáticas. Porque sobre esto, como sobre la razón de la sinrazón que á mi razón se hace de tal manera mi razón enloquece, sólo Cervantes puede escribir.

¡Has leído, lector curioso, una estancia inaca-

bable de *Las Soledades*, de Góngora, de aquellas culteranas, digo, á que no hay nacido de mujer que acierte á sacarle sentido? Pues como aquellas estancias del extraviado cordobés comienzan á ser las visiones de Daniel, después que vió al cabrón acorneando á las estrellas. Al lío matemático de que te he hablado, sigue un lío de ángeles, que van y vienen de Caldea á Media y de Media á Caldea, para concluir por decir uno de ellos, que ya no es Gabriel, el que se hizo moro después, sino el consecuente Miguel, que el rey de los griegos salía á pelear contra el de los persas. Esta patochada profética le costó á Daniel un malditísimo rato, pues cayó en tierra á la vista del ángel, y probablemente se descalabró, pues perdió el sentido y hubo el ángel de suministrarle cordiales, no de esos que se vende en las boticas, sino pases y contactos, para hacerle volver en sí. Procedimiento apostólico, hoy resucitado por el simpático Rafael Bofarrull, y puesto en boga al presente por ese *aceituno* que en la provincia de Jaén le está dando *castañas* á los enfermos católicos.

«Y yo desde el primer año de Dario el Medo le »asistía para alentarle y fortificarle.» Estas palabras con que comienza el capítulo XI de *La profecía de Daniel*, las pasaría por alto si, como debiera suponerse, fuesen de Daniel mismo; pero estando dichas, como el texto y los intérpretes quieren, nada menos que por el ángel Gabriel, no es posible sino coger á este espíritu tornadizo y charlatán para darle una mano de azotes, á fin de que, cuando se vayan más adelante con Mahoma, lleve las posaderas en carne viva. Cómo se entiende, angelote, le diremos al vapulearle, cómo se entiende eso de llamar á Ciro Dario, y, siendo un paganazo descocado, alentarle y fortificarle? ¿No te hubiera caído mejor prestar alientos y fortaleza á los judíos, los verdaderos hijos de tu Dios, contra el poderoso

monarca medo que los oprimía? ¿A qué viene propinarnos de añadidura, por todo lo largo de dos capítulos inaguantables, una lección de Historia en cifra, para atestarnos de mentiras la *Santa Biblia* y hacer que hasta los chicos del Instituto se rían de Daniel, cuando nos habla de los romanos?

Toma, y toma, y toma—continuaríamos—toma azotes por profeta huero y destortalado... Y, si alguien considerara que me ensaño en Gabriel, hágame el obsequio de leer por sí mismo estos dos capítulos, y, si por muy católico que sea, no se cura de una vez para siempre de la lepra mística, le enviaremos á un hospital de incurables, y punto concluido; porque excede á mi paciencia anotadora seguir paso á paso al angelón, hablando muy serio, pero en cifra, de medos, persas, griegos y romanos, como podría hablar de tomates y zanahorias para aderezar una ensalada.

Ahora, como podría venir en un Santo Cristo un par de pistolas, para descerrajarle un tiro al primer feligrés que se acercase á rezarle un credo, viene en la *Profecía de Daniel* el cuento, ó léase historia de la casta Susana, que, en compendio, se reduce á lo siguiente:

Había en Babilonia un Joaquín que se casó con una Susana, moza, guapa y rezadora, educada por sus padres en la abstinencia mosaica de chorizos y longanizas de puerco. Joaquín, que era rico, tenía en su casa un jardín, á donde solían concurrir los judíos sus correligionarios para pasar bajo los árboles las horas de calor en el verano.

En este jardín daban audiencia dos jueces, viejos verdes, que como vieron á Susana, se chalaron por ella ¡pebreitos! hasta el punto de perder la chaveta. Comprendiendo que á las buenas no alcanzarían su deseo, procuraron cumplirle á torcidas, y, engañándose el uno al otro,

cada cual, pensando estar el campo libre, acudió á sorprender á Susana. Al encontrarse sobre la pista de la buena moza no dudaron de comunicarse sus malos pensamientos, y concertándose para gozarla comunalmente (iii) aguardaron ocasión propicia.

Cierto día que Susanita se fué á bañar en el jardín con sus doncellas, los dos vejetes se escondieron, y cuando las criadas se van á cerrar las puertas, aparecen ellos ante la dama, y de sopetón la dicen:

«He aquí las puertas de la huerta están cerradas, y nadie nos ve, y nosotros estamos enmorados de ti: y así condesciende con nosotros: y ríndete á nosotros: y si no quisieres, testificaremos contra tí, diciendo, que estaba contigo un mancebo, y que por esto despachastes tus doncellas.»

Susana, resistiendo valientemente aquel ataque por duplicado de los vejetes babosos y desdentados, comienza á gritar, acude gente, gritan los viejos también, y se arma un lío de doscientos mil demonios alrededor de la medio desnuda hermosa, que va á vestirse, aplazando para el día siguiente su juicio de adulterio con un mancebo desconocido, que había bonitamente escurrido el bulto, al decir de los viejos.

Llega el día siguiente, y los dos viejos; constituidos en tribunal, mandan desnudar á Susana, no se para qué, como no fuese para satisfacer su propia lujuria, y la dama no tuvo otro remedio que ponerse en pelota delante del público. En esta situación violenta Susana oye que los viejos, poniéndose las manos sobre la cabeza y jurando por su dios del Sinaí, dicen:

«Estándonos paseando solos en el jardín, entré ésta con dos doncellas: y cerró las puertas del jardín y envió fuera las doncellas. Y vino á ella un mancebo que estaba escondido y pechó con ella. Y nosotros que estábamos en un ángulo

del jardín, viendo la maldad, fuimos corriendo á donde estaban, y los hallamos en el mismo hecho. Mas no pudimos prender al mancebo, porque era más fuerte que nosotros, y abriendo la puerta se escapó corriendo: pero habiendo hecho presa de ésta, la preguntamos quien era el mancebo, y no nos lo quiso declarar: de este suceso somos testigo.»

Como se ve, los dos viejos urden admirablemente una historia, que pudiera ser perfectamente verdadera, puesto que el pueblo, á pesar de las negativas y aspavientos de Susana, la condena á muerte. Pero cuando la llevaban al suplicio, aparece el mancebo (no el del hecho, puesto que los jueces mentían al decir de Susana, sino el profeta Daniel, que aun no había entrado en quintas) gritando á voz en cuello que la sangre de aquella mujer no caería sobre su cabeza. El pueblo se detiene, le interroga, y el profetilla, tomando á pechos salvar á la buena moza, le induce á rectificar el juicio, volviendo al tribunal para hacerles unas preguntas á los jueces.

Admiro los tribunales de aquellos tiempos, cuyas sentencias firmes casa un mancebito cualquiera y sigo.

Daniel, transformado en presidente del Supremo, coge á uno de los viejos y le dice:

—¿Debajo de qué árbol los vistes folgar?

—Debajo de un lentisco.

Después coge al otro por separado y le hace la misma pregunta. Este viejo contesta:

—Debajo de una encina.

El pueblo, patidifuso de tanta sabiduría, saca por el hilo el ovillo de la mentira, y, sin averiguar si en el *vergel* (textual) había lentiscos y encinas (*árboles* más propios de un monte que de un huerto) coge á los vegetes y los ahorca en un santiamén, gozando Joaquín largos años de la castidad de Susana y Daniel de la fama que

su sabiduría le conquistó entre el populacho, que por semejantes cosas como estas apedreaba á las gentes.

A este cuento sólo debo hacerle dos observaciones, pues las demás se las puede hacer el lector sin consultar la *Biblia*. La primera es que empieza con estas palabras:

«Lo que hasta aquí hemos puesto de Daniel, »se lee en el texto hebreo. Lo demás que se sigue »hasta el fin del libro, se ha trasladado de la edición de *Theodoción*», lo que prueba que esta puerca historia es un cuento más ó menos griego, que Theodoción le colgó al profeta Daniel, como se le hubiera podido colgar al gran Tamorlán.

La otra observación es que al final de este capítulo, sin que haga á él referencia para nada, se lee este versículo: «Y el rey Astíajes fué reunido á sus padres, y Ciro, rey de Persia, entró á sucederle en el reino» al cual pone el padre Scio esta morrocotuda anotación:

«Esto parece (¿parece? ¿y por qué?) que pertenece al capítulo siguiente, pues se coloca por su primer versículo en las biblias griegas más antiguas «(¿quién me compra este lío de biblias »griegas y hebreas? ¿Qué notario me certifica la »palabra divina?)»

Otros lo explican de este otro modo (¿y el infalible?) Daniel fué tenido en grande concepto del pueblo hasta la muerte de Astiages (lo mismo »podrían explicarlo por el efecto de la luna en el crecimiento hacia abajo de los espárragos), y asimismo en el reinado de Ciro que le sucedió.»

¿Quedan ustedes bien enterados de quién era el caballero Astiages antecesor de Ciro? ¿Sí? Pues atención, que habla el padre Scio, con aprobación del Infalible:

«Algunos creen que Astiages es el mismo que Darío Medo: otros que fué el padre de Darío Medo, y que Ciro, yerno de este último, gobernó la Media aun viviendo su suegro.»

Puesto que algunos creen esto, y la opinión es libre, lo que yo tengo por más cierto es que á esta Media, que gobierna un yerno en vida de su suegro, se le han ido todos los puntos proféticos que cubrían las pantorrillas, y ha quedado reducida á un calcetín, que cualquier obispo puede aprovechar de solideo en un apuro de interpretación.

Como los pirotécnicos guardan para el final de sus juegos algo estrepitoso que obligue á abrir descomunadamente la boca y los ojos á cuantos presencian sus fuegos, del mismo modo la *Profecía de Daniel* nos reserva de postre dos cuentos que, á modo de espadas de dos filos, hieren á los sacerdotes de Bel y de Dragón y á los sacristanes y clérigos de nuestras iglesias.

Atención, vosotros, los bolonios que no reparais en que las tortas que ofrecéis á la Virgen del Rosario se las come el cura de la parroquia. Allá va el primer cuento con toda la propiedad de estilo que permite un extracto:

«Daniel comía á la mesa del rey, que le honraba más que á todos sus amigos. Había en »Babilonia un ídolo, llamado Bel, en que gastaban diariamente doce artabas de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros de vino. El rey le »honraba y adoraba todos los días, pero Daniel »adoraba á su Dios. Dijole el rey: ¿Por qué no »adoras á Bel?—Porque yo no adoro ídolos fabricados, sino al Dios vivo, que crió el cielo y »la tierra.—Pues qué, ¿Bel no es un dios vivo? »contestó el rey. ¿No ves cuánto come y bebe »diariamente?—No vivas engañado, rey, replicó »Daniel: nunca come.

»Llamó el rey á los sesenta sacerdotes de Bel, »y les dijo: si no me hiciéseis ver que Bel come »todo lo que le damos, moriréis. Y si me lo mostráis, morirá Daniel, que afirma que Bel no »come porque no es un Dios vivo. Los sacerdotes asintieron, y al día siguiente, puesta la co-

»mida al dios, se espolvoreó con ceniza el tem-
 »p'lo, y se cerró y selló. Pero los sacerdotes te-
 »nían hecha debajo de la mesa del ídolo una co-
 »municación secreta, por donde entraban y se
 »comían lo que al Dios se ofrecía. A media noche
 »entraron, pues, y se comieron la ofrenda en
 »compañía de sus mujeres é hijos.

»A otro día se levantó el rey muy temprano y
 »fué con Daniel al templo de Bel, le abrió, miró
 »á la mesa, vió que no estaba la comida, y ex-
 »clamó: Grande eres Bel, no hay engaño en tí.
 »Pero Daniel, obligando al rey á entrar, le mos-
 »tró las huellas de los pies de hombre, mujer y
 »niño grabadas en la ceniza. Se enojó el rey,
 »descubrió la comunicación secreta, y entregó á
 »Bel á Daniel, que lo derribó, juntamente con el
 »templo.»

Si todos los templos donde se ejecutan trapa-
 cerías por el estilo se derribasen, como diz que
 derribó Daniel el de Bel, ¿á qué tendría yo que
 pedir la separación de la Iglesia del Estado? Sig-
 los hace que Dios no existiría más que en la
Biblia.

Segundo cuento:

«Y había un dragón grande en aquel lugar, y
 »le adoraban los babilonios. Y dijo el rey á Da-
 »niel: Mira como ahora no puedes decir que no
 »sea este un Dios vivo: adórale, pues. Y dijo
 »Daniel: Al señor mi Dios adoro, porque él es
 »Dios vivo: mas éste no es Dios vivo. Y tú, rey,
 »dame facultad y mataré al dragón sin espada
 »ni palo: Y dijo el rey: Yo te la doy.

«Tomó, pues, Daniel pez, y sebo, y pelos, y lo
 »coció todo junto, é hizo unas pellas y las arrojó
 »á la boca del dragón, y reventó el dragón. Y
 »dijo: He ahí lo que adorábais. Y cuando lo oye-
 »ron los babilonios se irritaron al extremo, y jun-
 »tándose contra el rey, dijeron: El rey se ha vuel-
 »to judío; destruyó á Bel, mató al dragón, é hizo
 »morir á los sacerdotes. Y dijeron, habiendo ido

»á buscar al rey: Entrérganos á Daniel; sino, te
 »mataremos á tí y á tu familia. Vió, pues, el rey
 »que le estrechaban reciamente, y forzado de la
 »necesidad, les entregó á Daniel.»

Esta muerte del dragón, tras el derrumbamien-
 to del templo de Bel, son dos grandísimas enor-
 midades, cuando á continuación de ellas viene la
 consabida cueva de los leones, donde los babilo-
 nios meten á Daniel durante seis días, que el pro-
 feta se pasa en la amabilísima compañía de las
 fieras, hasta que el rey, sobreviniendo al sépti-
 mo, les saca de allí sano y salvo para echar al
 pueblo entero que le acusó, al cual se le comen
 los leones como se hubiesen comido la *Santa Bi-
 blia*, si por entonces hubiera estado toda ella
 escrita.

Mas no se crea que Daniel mientras se estuvo
 con los leones lo pasó mal de comida. Nada de
 eso. La *Biblia* sabe hilvanar bien los cuentos.
 Ved, pues.

«Estaba á la sazón el profeta Hababuc (no
 »pretendas averiguar quién sea, lector, porque
 »te harías un lío) en la Judea, y había cocido un
 »potaje, y puesto unos panes en una cestilla, é
 »iba al campo á llevarlo á los segadores. Y dijo
 »el ángel (¡buenos días, señor mío!) á Hababuc:
 »Esa comida que tienes, llévala á Babilonia á
 »Daniel, que está en el lago de los leones.—Y
 »dijo Hababuc: Señor, yo no he visto á Babilo-
 »nia, ni sé del lago. Y le tomó el ángel del Señor
 »por la coronilla, y lo llevó de un cabello de su
 »cabeza, y lo puso en Babilonia sobre el lago con
 »el ímpetu de su espíritu...»

De la coronilla..., de un cabello solamente...,
 con un potaje en la mano, que no se derrama con
 el ímpetu...

Apaga y vámonos, y cesen los comentarios,
 porque esto ya no parece la *Biblia*, sino las
 Aventuras de Simbac el Marino.

CLXXVI

LA PROFECÍA DE OSEAS

Así como el descanso de los nunca bastaten alabados caballeros andantes de los pasados siglos era, según uno de los más discretos de ellos, el rudo pelear, el descanso mío, cuando por acaso se proporciona dejar de achuchar á la Santa Iglesia Católica, consiste en trabajar por la República, allanando los caminos y despejando los atajos por donde ha de venir á España, para unirla con Portugal y elevarla en libertad y gloria sobre todas las naciones de la tierra. Amén.

Ayudando, pues, al noble marqués de Santa Marta á forjar ese rayo de la Coalición Republicana, que vibrará en tiempo y sazón oportunos. Júpiter Tonante sobre las cabezas peludas ó pelonas que el hado tiene señaladas, héme entretenido tres semanas, dejando descansar á mis presbíteros de antaño, ó sean los profetas; porque he considerado más útil que reirme de ellos, disponer la zancadilla que ha de dar en tierra con sus tonsurados sucesores.

Además, no todo tiempo es propio para hacer coaliciones, mientras que toda hora es adecuada para burlarse de las profecías, máxime si son profecías de á perro chico, como pueden llamarse éstas de los profetas menores, en que hace cabeza Oseas que fué un judío extremadamente puerco en sus relaciones sexuales, si hemos de dar crédito á esto que puercamente nos escribe.

Y dijo el Señor á Oseas: «Ve, y toma por mujer á una pública ramera, y haz tuyos los hijos de sus fornicaciones.» El mandato, para ser de Dios, no puede ser más sucio; pero el profeta chico le obedece como un suizo. «Y fué, y tomó á Gomer, hija de Deblaim: y concibió, y parióle un hijo.»

Pusieron al nieto del ilustre Deblaim el nombre enrevesado de Jezrael, con lo cual la parte mística que pudiera tener la profecía parecería quedar satisfecha; pero como no lo estuviere el buen Oseas, volvió al fornicio, y la señora Gomer.

Concibió otra vez, y parió una hija, á quien llaman de cualquier manera, la cual, así que fué destetada, dejó libre á su ilustre y prolífica mamá para parir al reincidente Oseas un tercer hijo, que se llamó No pueblo mío, aunque parezca mentira que hubiese juez municipal que con tal nombre le registrase.

Los señores intérpretes de los disparates bíblicos se han devanado los sesos por darle á todas estas porquerías un sentido transcendente; pero los más autorizados entre ellos sostienen que las cosas pasaron tal como están escritas, y que el señor Oseas se comportó muy airosa y valientemente con la señora Gomer.

El que está repleto de sentido místico es el capítulo II, por lo cual resulta tan oscuro y tético, que ni arrimándole un candil podría entenderse, ni llenándole de castañuelas alegrarse. Y como á mí me gustan las cosas claras y divertidas, pasaré al III, donde vuelve el naturalismo encantador de estos Zola de hace treinta siglos.

«Y me dijo el Señor á mí:» (éste mí, mitad de mico, es Oseas): «Ve aún, y ama á una mujer amada de su amigo, y adúltera.» Como se ve, Oseas, siempre bajo la garantía de Jehová, no sólo se va con churrianas, sino que le saltea las mujeres al prójimo, graduándolos de cornúpetos por mandamiento divino, que le exime de toda responsabilidad civil y criminal, así por ante los tribunales como por detrás de toda conciencia católica.

Pero continuemos la narración instructiva del gatuperio.

«Y la tomé (á la adúltera) para mí por quince

»sicles de plata, y por un coro de cebada, y me^o
»dio coro de cebada. Y la dije: muchos días me
»aguardarás: no fornicarás, ni te desposarás con
»otro, y también yo te aguardaré á ti.»

Meditemos sobre este pasaje. Quince sicles de plata en moneda corriente, hacen ciento once reales de vellón y seis maravedises, según el padre Scio, ó lo que es lo mismo, 27 pesetas y 83 céntimos; que unidas á diez pesetas en que calculo el valor de coro y medio de cebada, hacen menos de 40 pesetas, ó sea media onza de oro, para valor de la hembra adúltera con quien el buen Oseas se apaña por muchos días. Creo honradamente que las adúlteras de nuestros tiempos, ni aunque comieran alpiste como los canarios, no se entregarían por tan bajo precio, ni aun interviniendo el propio Jehová en el ajuste. Algo, pues, hemos adelantado, ó, más propiamente, han adelantado las adúlteras desde los tiempos teológicos, pues cuando menos, se hacen pagar más caro el adulterio, al tenor de aquel refrán que dice: «ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche.»

¡Oh! ¡Progreso! ¡progreso! Tú eres la ley de la vida y la pesadilla de la Iglesia. ¡Bendito seas, pues te se encuentra hasta en estos fangales del adulterio profético, azotando las ancas á los presbíteros!

Tras esta epifonema que me salta al paso, debiera comentar el capítulo IV, pero que le comente un arcediano, si gusta, en sus huelgas de campaña carlista; pues todo él se reduce á decirnos que los judíos del tiempo de Oseas eran una canalla sin ley y sin vergüenza, entre la cual no había «verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios,» y donde la «maldición, la mentira, el homicidio y el adulterio» estaban á la orden del día y de la noche; lo cual no tiene nada de extraño, si se atiende á que los adulterios el mismo Dios los encargaba á sus profetas. Y tan acos-

tumbrados nos tienen los profetas á estas pinturas de su pueblo, que nos sabemos de memoria lo que él era, por lo cual no nos chocea que más adelante crucifique á Dios, en persona, para escarmiento de redentores.

Como una perla en el fango, brilla en este capítulo el versículo siguiente, que lleva el número 11:

«La fornicación, y el vino, y la embriaguez, »quitan el corazón.»

Tenlo presente, jovenzuelo, y huye de Venus y de Baco, si quieres llegar á viejo con el pulso firme y la cabeza despejada; pues porque lo haya dicho un puercito y adúltero profeta, no deja de ser una gran verdad.

Tras una hora de rebusco, no he podido hallar en toda esta profecía un sólo grano, aparte el coro y medio coro de cebada que se comió, juntamente con las 27 pesetas, la querida de Oseas. Todo ello es pura paja profética, alimento del exclusivo aprovechamiento de los borregos de Cristo, que me guardaré yo bien de tocar, porque no conviertan hacia mí sus cuernos incipientes. Ahí se la dejo fresca y esponjada en nueve pesebres que hacen otros tantos capítulos, en que Judá é Israel, Jerusalem y Samaria son amenazados de muerte por sus escurribandas á los altos en que se daba culto á los ídolos cananeos. Cómanla y revienten, si la idolatría, fustigada por Oseas, ha de desaparecer de este mundo; pues ídolos por ídolos no sé yo que sean más bonitos algunos que adoran los católicos aragoneses ó los valencianos, que aquellos que adoraban los cananeos, hebreos y jerezeos abominables, ó aquellos que guardó Raquel bajo la albarda de un camello, cuando su padre Laban alcanzó al aprovechadito de su sobrino Jacob.

Cuarenta siglos hace que vienen los hombres de talento tronando y relampagueando en vano contra los tales ídolos, sin haber podido concluir

con ellos, por la sencillísima razón de que es pretender lo imposible querer tener una religión sin que haya sacerdotes que la exploten. Por esto los librepensadores, tirando por la calle del medio, decimos, que es tonto de capirote ó tuno de profesión, para los efectos de la idolatría, todo aquel que á título de maestro ó de discípulo se ocupa en la ciencia imposible de la nigromancia, ó como se llame ese embolismo de las *trimurtis* fabricadoras del mundo y su contenido, sin exceptuar el licor del polo de Oribe.

CCXII

LA PROFECÍA DE JOEL

Joel es el segundo de los profetas chicos. Pero, ¿quién fué Joel? Nadie lo sabe. Digo, saberlo sí lo sabe el Espíritu Santo, por la sencilla razón de que lo sabe todo. Mas, como se olvidó de apuntarlo en la *Biblia*, de aquí las calabazadas que se han dado los intérpretes por averiguar quién Joel fuere, cuándo y cómo Joel viviera. Resultado de sus averiguaciones: el mismo de siempre: tantas opiniones como cabezas, en caso que merezcan este nombre los remates superiores de los individuos dedicados á la teología dogmática y á la interpretación bíblica.

Lo que aparece taxativamente en el libro canonizado por el Papa, es que Joel fué hijo de Fatuel, ó lo que es lo mismo, que Fatuel fué el padre de Joel, noticia de grande interés para la fabricación económica de los calzoncillos de franela, ahora que marzo ha vuelto el rabo señalando al polo, en demanda de nevadas y celliscas. Consta también que el ciudadano Joel fué el tatarabuelo teológico de esa caterva de cleriguillos dados á las rogativas para implorar del cielo aguas en tiempo de sequía, ó solazos en temporales aguaceros, y sacar por tan linda manera los cuartos á los cándidos labradores,

Porque toda la profecía que el buen Joel nos endilga, dividida en tres partes ó capítulos para mayor gala del arte y más fino camelo de creyentes, se reduce á anunciarles á las dos tribus de Judá y Benjamín, que sobre ellas vendría la más horrible carestía, á causa de no llover del cielo otra cosa que bicharracos de la estirpe de las langostas; llamándolas con tal motivo á llorar, desesperarse y clamar al cielo; lo cual considero sencillamente una broma pesadísima; pues harto me parece que un hombre se vea afligido, para que todavía venga un profeta á decirle que rabie, lllore y patalee.

Los resortes cómicos de esta clase de piezas teológicas, representables al aire libre, son conocidísimos. ¿Llueve hasta podrirse el trigo? Pues es que Dios está irritado con los labradores, á causa de su falta de religiosidad, y hace falta sacar la Virgen X y el santo Z de paseo, para que Dios fabrique, por consideración á ellos, y en beneficio de los clérigos, una buena tanda de días con buen sol, que seseque la tierra y pongan lozanos los sembrados. ¿Atiende Dios el ruego?—Pues es que los pillos no han impetrado con bastante eficacia la piedad divina, y vuelta al paseito de los santos, y vuelta la rueda de ochavos en el bonete del cura. Los cuales se pasarían muy á su gusto la vida metiendo y sacando en la Iglesia sus trabajos esculturales en hombros de vidios implumes, si no fuera regla universal que no hay mal ni bien que cien años dure, y si no fuera refrán muy sabio aquel de que nunca llueve á gusto de todos; pues de cura sé yo que, sacando un San Sebastián de roble en rogativa de lluvias, como resultara fulminante la gracia del glorioso mártir y sobreviniese un chaparrón disforme, sufrió en el cráneo el coscorrón tremendo que le infirió el leño consagrado al caer de sobre las andas en que le llevaban los jayanes, que, con la mucha agua, perdido primero el